

SOLEMNIDADES Y FIESTAS QUE PUEDEN CELEBRARSE

EN LOS DOMINGOS DEL TIEMPO DURANTE EL AÑO

2 de febrero: PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

«Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”. También debían ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor.

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo: “Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu Pueblo Israel” » Lc 2,22-32

“Corramos todos al encuentro de Cristo, los que honramos y veneramos con tanta devoción su misterio, acerquémonos a él de todo corazón... Llevemos con nosotros el resplandor de nuestros cirios para significar el divino esplendor del que viene. Por él el universo resplandece y se ilumina con una luz eterna que rechaza las tinieblas del mal. Demos a nuestras almas el brillo que le conviene para este encuentro. De la misma manera, en efecto, que la Madre de Dios, esta purísima Virgen, tuvo en sus brazos la verdadera luz y la presentaba a los que yacían en las tinieblas, también nosotros, iluminados con su claridad y teniendo en las manos una luz visible para todos, démonos prisa a salir al encuentro de Cristo. La luz ha venido al mundo y lo ha iluminado cuando estaba sumergido en las tinieblas; nacida de lo alto, nos visitó para iluminarnos cuando estábamos instalados en la oscuridad (cf. Lc 1,78-79). Este misterio es el nuestro; conviene, pues, que marchemos con cirios y que acudamos llevando antorchas para significar la luz que nos ha iluminado y designar el esplendor que en seguida sobrevendrá.

Corramos juntos, corramos todos hacia Dios, no sea que por nuestra pereza nos acuse de ingratitud o del horrible crimen de haberlo menospreciado. Escuchemos también lo que decía en otro tiempo respondiendo a las intenciones de los judíos envueltos en tinieblas y que se sustraían a su iluminación: *La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas (Jn 3,19)*. El mal, en efecto, oscurece el alma y le impide ver la luz. También dice el Evangelio: *La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron (Jn 1,5)*¹.

¹ San Sofronio de Jerusalén, *Sermón sobre el “Hypapanta”*, 6.7; PG 87,3291-3292. Trad. en: *Lecturas cristianas para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Apostolado de la Prensa, K 82. Sofronio nació en Damasco hacia el 550 y murió en Jerusalén el 11 de marzo de 638 (un año después de la toma de Jerusalén por el califa Omar). Probablemente fue primero maestro

UN MISTERIO DEL ROSARIO

Los que venimos rezando el Rosario desde hace muchos años, corremos el peligro de contemplar con mirada rápida y superficial, el cuarto misterio gozoso. Sin llegar a interpretar correctamente: “La Presentación del Señor en el Templo”.

Hoy en día la palabra “presentación” forma parte del vocabulario corriente, en especial en el lenguaje comercial y social. Por el contrario, en el Antiguo Testamento, el verbo “presentar”, se usaba raramente en su forma transitiva. Es en el texto de san Lucas, cuando alcanza un pleno sentido cristiano.

De acuerdo a la mentalidad hebrea, el Evangelio tendría que haber utilizado el término “rescatar”, como lo establecía el Antiguo Testamento para todo hijo primogénito. Sin embargo, nada se dice en este sentido. Porque en el caso de Jesús, nada había por rescatar.

Es Jesús, el Cordero de Dios, el que va a convertirse por el Misterio Pascual, en rescate de una humanidad condenada irremediablemente a la muerte, como consecuencia del pecado.

Cristo va a ser presentado en su cuerpo por *María*, que lo lleva y *lo presenta como: hostia viva, santa, inmaculada y agradable a Dios, consagrada a Dios*. Y va a ser recibido y proclamado por el anciano Simeón, como: “Luz de las naciones y gloria de su pueblo Israel”.

Y ¿de qué manera reaccionamos nosotros frente a esta escena impactante? Nuestra pobreza nos impide pagar el rescate de nuestra salvación. Pero podemos en cambio, seguir el ejemplo de María. Abrazar al Niño Jesús, y penetrar con su madre en el Templo de Dios. Entonces, iluminados por su gloria, nuestra vida se transformará en una inmensa “*candelaria*”, que dará luz a un mundo que se debate en las tinieblas.

de retórica. Se hizo monje en el monasterio de San Teodosio junto a Jerusalén. En compañía de su maestro Juan Mosco se dirigió a Egipto. Después de nuevas peregrinaciones se embarcaron el 615 para Italia. Juan Mosco murió en Roma el 619 (o quizás el 634); Sofronio se llevó sus restos al monasterio de San Teodosio. El año 633 vemos a Sofronio comprometido en la lucha contra los monotelitas en Egipto y en África, y poco después en Constantinopla. Su elección como patriarca de Jerusalén se produjo en el año 634. Entre sus obras (PG 87, 3, 3147-4014) hay escritos hagiográficos, 11 homilias, 23 odas, compuestas para fiestas religiosas.

24 de junio: NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA

«Cuando llegó el tiempo en que Isabel debía ser madre, dio a luz un hijo. Al enterarse sus vecinos y parientes de la gran misericordia con que Dios la había tratado, se alegraron con ella. A los ocho días, se reunieron para circuncidar al niño y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre dijo: “No, debe llamarse Juan”. Ellos le decían: “No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre”. Entonces preguntaron por señas al padre qué nombre quería que le pusieran. Este pidió una pizarra y escribió: “Su nombre es Juan”. Todos quedaron admirados, y en ese mismo momento, Zacarías recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios. Este acontecimiento produjo una gran impresión entre la gente de los alrededores, y se lo comentaba en toda la región montañosa de Judea. Todos los que se enteraron guardaban este recuerdo en su corazón y se decían: “¿Qué llegará a ser este niño?”. Porque la mano del Señor estaba con él. El niño iba creciendo y se fortalecía en su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día que se manifestó a Israel» Lc 1,57-66.80

“Juan Bautista nace y recibe su nombre: y en ese momento se desata la lengua de su padre... Relacionen este hecho con la realidad que simboliza y contemplen un gran misterio: Zacarías se calla, y permanece mudo hasta que al nacer Juan, el precursor del Señor, le abre la boca. ¿Qué significa este silencio de Zacarías, sino el velo que se extendía sobre las profecías y de alguna manera las ocultaba y sellaba antes del Evangelio de Cristo? Pero con su venida quedan al descubierto; se aclaran cuando llega aquel de quien hablan. Zacarías es la boca abierta por el nacimiento de Juan: este suceso tiene el mismo sentido que el desgarrón del velo del Templo al morir Cristo en la cruz. Si Juan no hubiera sido el profeta de Otro, la boca de Zacarías no se hubiera abierto; de hecho, se desata su lengua porque el nacimiento de su hijo es el nacimiento de la Voz. ¿No dirá más tarde Juan: *Yo soy la voz del que clama en el desierto?* (Jn 1,23)”².

¿QUÉ LLEGARÁ A SER ESTE NIÑO?

En la Biblia, el cambiar de nombre a una persona, era asunto de mucha importancia. Significaba cambiarle al protagonista el rumbo de su vida, asignándole desde ese momento, una misión bien precisa, que debía cumplir contra viento y marea.

Todo esto ocurrió con Juan el Precursor, el último de los grandes profetas del Antiguo Testamento y el profeta de los Nuevos Tiempos. Juan el Bautista fue un hombre auténtico, que dio testimonio de la verdad sobre él y acerca de Cristo , traduciéndola a todos los hombres

² San Agustín, *Sermón 293,1-2*; PL 38, cols. 1327 ss. (trad. en *Lecturas cristianas para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1973, 208). Agustín nació en Tagaste, África del norte, el año 354. Luego de un largo y, por momentos, penoso itinerario de búsqueda de la verdad, en la Vigilia Pascual del año 387 recibió el bautismo. En todo este proceso su madre, Mónica, tuvo una influencia determinante. El obispo y el pueblo de Hipona lo eligieron para el ministerio sacerdotal en el 391. En 395, el obispo Valerio lo eligió para su coadjutor, y a su muerte Agustín ocupó la sede episcopal. Murió el 28 de agosto de 430.

como mensaje de conversión y de salvación.

Por ser verdadero, fue un hombre humilde, que supo transparentar sin incoherencias ni disimulos el anuncio de la cercanía del Reino.

Su bajo perfil evangélico, lo llevó a mantenerse siempre en un segundo plano, sin pretender en ningún momento apagar con su voz a la Palabra de Vida.

A pesar de su aspecto rudo y de hombre fronterizo del desierto, vivió la alegría desde el seno de su madre. *“El amigo del esposo, que está allí y lo escucha, se llena de alegría al oír su voz. Por eso mi gozo es ahora perfecto”* (Jn 4,29).

Sabiéndose el amigo del novio, dejó en libertad a sus discípulos para seguir a Cristo, cerrando así con su martirio la parábola evangélica de su vida.

“Dios todopoderoso, que enviaste a san Juan Bautista, para prepararle a Cristo, el Señor, un pueblo bien dispuesto; concede a tu Iglesia la gracia de la alegría espiritual” (Oración de la Asamblea).

29 de Junio: SANTOS PEDRO Y PABLO

«Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?”. Ellos le respondieron: “Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas”. “Y ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy?”. Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús le dijo: “Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”» Mt 16,13-19

“Nos regocijamos, amados hijos, celebrando el recuerdo e invocando la protección de todos los santos que Dios nos ha dado, como ejemplos de paciencia y como apoyos de nuestra fe. Pero debemos gloriarnos especialmente de la eminente gloria de estos dos apóstoles que fueron sus padres. La gracia de Dios los ha elevado tan alto entre todos los miembros de la Iglesia, que en este cuerpo, cuya cabeza es Cristo, a ellos los podemos comparar con la luz de los dos ojos. Al pensar en sus méritos y en sus virtudes, que superan todo lo que uno pudiera decir de ellos, no debemos preferir el uno al otro, ni separarlos. Porque una misma elección los ha hecho iguales, una misma tarea los ha hecho semejantes, el mismo fin los ha reunido. Como ya hemos experimentado nosotros, y como nuestros predecesores lo han testimoniado, creemos y esperamos que las oraciones de estos dos insignes protectores nos obtendrán la misericordia de Dios en medio de las pruebas de esta vida; de este modo, mientras nos aplasta el peso de nuestros pecados, nos levantaremos por los méritos de estos apóstoles”³.

DOS ROSTROS DE IGLESIA

Esta fiesta que celebramos como iglesia nos invita a contemplar el perfil espiritual de los santos Pedro y Pablo, pilares de nuestra fe cristiana.

Son dos rostros sugestivos, auténticos intérpretes de una experiencia afirmada en una fe común: *Jesucristo es El Señor*.

³ San León Magno, *Sermón* 82,6-7; PL 54, 426-428 (trad. en: *Lecturas cristianas para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Apostolado de la Prensa, 1972, N 2). León, que ostenta el título de Grande (Magno), sobre todo por su contribución teórica y práctica al afianzamiento del primado de la Sede Apostólica romana, fue Papa de Roma entre 440 y 461, en el momento histórico en que el Imperio Romano se quebraba en Occidente ante el empuje de las invasiones bárbaras. León habría nacido en Toscana (¿o Roma?), hacia el fin del siglo IV. Antes de ser obispo de Roma ocupó una posición importante durante el pontificado de sus predecesores. León fue ante todo obispo de Roma y, por medio de sus frecuentes sermones dirigidos tanto al clero como al pueblo, buscó introducir a su comunidad en la celebración de los misterios de Cristo, proponiéndole la vivencia sincera de la vida bautismal, a la vez que procuró preservar a sus fieles de las herejías y los errores provenientes del paganismo. Después de veintiún años de pontificado arduo y difícil, murió el 10 de noviembre de 461. Nos legó 97 sermones y 173 cartas.

Pedro el referente, piedra, mojón y punto de reparo de nuestra fe: “Señor, nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios” (Jn 6,69).

Pablo el interlocutor válido, que con la espada de la Palabra, interpela a la humanidad, desafiándola a encontrarle un sentido a la vida y a la muerte. Ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: tanto en la vida como en la muerte, pertenecemos al Señor (Rm 14,7-9).

Sin embargo no podemos ignorar que estos grandes apóstoles, estaban dotados de una fuerte personalidad. Los enfrentamientos que vivieron, fueron lógica consecuencia de sus historias diferentes y de sus propias limitaciones.

Por eso se hace necesario no “idolizar” a los santos, y tener siempre en cuenta, que la unidad no está reñida con la complementariedad y con un sano disenso. Siempre y cuando se respete el viejo dicho eclesial que se viene repitiendo desde la antigüedad: “En lo esencial la unidad, en lo accidental, la libertad, y en todo, la caridad”.

15 de agosto: ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

«Durante su embarazo, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: “¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor”. María dijo entonces: “Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso he hecho en mí grandes cosas: *is*u Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre”. María permaneció con Isabel unos tres meses y luego regresó a su casa» Lc 1,39-56

“Puesto que Cristo que es la Vida y la Verdad dijo: *Donde yo estoy, estará también mi servidor (Jn 12,26)*, ¿cómo no iba a participar de su morada con mayor razón su madre?... Puesto que el cuerpo santo y puro, que el Verbo divino había asumido en ella, había resucitado de la tumba al tercer día, era conveniente también que ella fuese arrancada de la tumba y que la madre se reuniese con su Hijo. De la misma manera que él había descendido a ella, también ella, su preferida, debía ser elevada a una mansión mayor y más perfecta: *hasta el mismo cielo (Hb 9,24)*. La que había albergado al Verbo divino en su seno debía ser domiciliada en la morada de su Hijo. Y como el Señor había dicho que habitaría en los palacios de su propio Padre, procedía que la madre habitase en los de su Hijo, *en la casa del Señor, en los atrios de nuestro Dios (Sal 134,2)*. Porque si allí está *la morada de todos los que están en la alegría (Sal 86,7)*, ¿dónde iba a habitar la causa de la alegría?”⁴.

NUESTRA SEÑORA DE LOS MISTERIOS

⁴ San Juan Damasceno, *Segunda homilía sobre la Dormición*, 14, PG 96, 742 A-B; traducción en: *Lecturas cristianas para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Apostolado de la Prensa, 1972, M 42. Juan Damasceno nació hacia el 650 de una familia noble árabe pero cristiana, estuvo con su padre al servicio de los califas, pero hacia el 700 (fecha discutida) se retiró al convento de San Sabas en las cercanías de Jerusalén. Ordenado sacerdote por Juan, patriarca de Jerusalén (705-735), Juan se consagró a la enseñanza, a la predicación y a la composición de sus numerosas obras. Murió en edad avanzada (hacia el 750) y fue muy estimado en la Iglesia bizantina (cf. concilio II de Nicea del 787) y, desde el siglo XII, también en la Iglesia latina. Fue declarado doctor de la Iglesia en 1890. Sus obras, conservadas en una tradición manuscrita muy abundante y traducidas pronto a otras lenguas, abarcan todos los campos de la teología.

La vida de María fue una sucesión de misterios vividos en espíritu y en verdad. Cuando rezamos el Rosario los vamos evocando. Son momentos de gozo, de dolor, de luz y de gloria, que ella plasmó en el *Magnificat*, ese deslumbrante cántico de fe.

Su experiencia de Dios, la convirtió en la primera evangelizadora y *pneumatófora*, es decir en la portadora del Espíritu Santo. Por eso, impulsada por ese mismo Espíritu, visitó a su prima Isabel, apresurándose a comunicarle el mensaje de la salvación.

Nosotros sus hijos, los creyentes, también recorreremos y asumimos a lo largo de nuestra historia, cuenta a cuenta y golpe a golpe, con penas y alegrías, nuestros propios misterios, que de igual manera son misterios de fe.

Pero esas cuentas del rosario de nuestra vida, tienen que están enhebradas en un hilo conductor que les dé sentido y firmeza. Y ese cable que las sostiene se llama: *la fidelidad de Dios*.

Nuestra fe como la de María debe apostar y adherirse a la fidelidad de un Dios que no defrauda. Porque no basta desgranar misterios distraídamente. Todo rosario cobra su sentido pleno desde la cruz que lo cierra y lo corona. Es el broche de oro. Es la cruz que con óptica pascual, desemboca en la luz de la resurrección.

María adelantándose con su fe totalizante, nos sacó ventaja. El misterio de su Asunción nos anticipa la victoria de la pascua y nos ilumina el derrotero de nuestra vida.

Por eso, la festejamos y nos alegramos por haber sido ella en cuerpo y alma, engrandecida y exaltada más allá del horizonte. Y pedimos que nos proteja, para que un día podamos concelebrar con ella el triunfo de su Hijo Jesucristo, a quien pertenecen el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

14 de septiembre: EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

«Jesús dijo a Nicodemo: “Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. De la misma manera que Moisés elevó en alto la serpiente en el desierto, también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todos los que creen en él tengan Vida eterna. Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él»
Jn 3,13-17

“Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Así pues, Cristo estaba en la tierra y estaba a la vez en el cielo: aquí estaba con la carne, allí estaba con la divinidad, mejor dicho, con la divinidad estaba en todas partes. Nacido de madre, no se apartó del Padre. Sabido es que en Cristo se dan dos nacimientos: uno divino, humano el otro; uno por el que nos creó y otro por el que nos recreó. Ambos nacimientos son admirables: aquél sin madre, éste sin padre. Y puesto que había recibido un cuerpo de Adán -ya que María había recibido un cuerpo de Adán, pues María desciende de Adán- y este cuerpo él habría de resucitarlo, se refirió a la realidad terrena cuando dijo: *Destruyan este templo y en tres días lo levantaré (Jn 2,19)*. Pero se refirió a la realidad celestial, al decir: *El que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Jn 3,5)*. ¡Ánimo, hermanos! Dios ha querido ser Hijo del hombre y ha querido que los hombres sean hijos de Dios. Él bajó por nosotros; subamos nosotros por él. Efectivamente, bajó y murió, y su muerte nos libró de la muerte. La muerte lo mató y él mató a la muerte...”⁵.

ESCALANDO EL PARAÍSO

En la historia de la humanidad, la cruz como instrumento de castigo ha provocado siempre rechazo. Como también nos provoca repugnancia la vista de una serpiente estaqueada.

El hombre no nace con vocación al sufrimiento ni a la muerte. Es algo instintivo lo que le hace rechazar de manera instantánea todo aquello que le ocasiona dolor y penuria. Hasta se muestra resignado a aceptar la muerte como una realidad ineludible, pero a condición de que sea una verdadera eutanasia = una buena muerte sin dolor.

Frente a esta realidad la fe cristiana nos presenta la cruz no solamente como portadora de sufrimiento, sino como infalible garantía de salvación. Y es en este último sentido que la liturgia de este domingo exalta el mensaje de la cruz.

⁵ San Agustín de Hipona, *Tratado 12 sobre el evangelio de san Juan* (8. 10-11; CCL 36, 125.126-127). Agustín nació en Tagaste, África del norte, el año 354. Luego de un largo y, por momentos, penoso itinerario de búsqueda de la verdad, en la Vigilia Pascual del año 387 recibió el bautismo. En todo este proceso su madre, Mónica, tuvo una influencia determinante. El obispo y el pueblo de Hipona lo eligieron para el ministerio sacerdotal en el 391. En 395, el obispo Valerio lo eligió para su coadjutor, y a su muerte Agustín ocupó la sede episcopal. Murió el 28 de agosto de 430.

De manera reiterativa debemos insistir en que la cruz privada del crucificado pierde su sentido cristiano y liberador. Se convertiría entonces en un vulgar instrumento de tortura o un mero adorno sin contenido. La cruz en la medida que guarda como en estuche el cuerpo del Dios crucificado adquiere todo su significado.

En muchos templos puede contemplarse la cruz suspendida que presenta dos caras. Por un lado al Cristo crucificado, por el otro lado al Cristo crucificado pero resucitado. No podemos separar la cruz de la luz pascual. En Cristo, por Cristo y con Cristo, ella deja ser un sangriento fin para convertirse en un trampolín que nos impulsa a escalar el paraíso prometido al buen ladrón crucificado.

***“Dueño de la muerte, en el árbol grita su resurrección”* (Himno pascual).**

1º de noviembre: TODOS LOS SANTOS

«Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él.

Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo: “Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia. Felices los afligidos, porque serán consolados. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios. Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo”» Mt 5,1-12a

«(...) El Señor dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5,6).*

Ninguna cosa corporal apetece esta hambre ni ninguna cosa temporal anhela esta sed, sino que desea saciarse del bien de la justicia y, oculta a la mirada de todos, desea llenarse del mismo Señor. Dichoso el espíritu que ambiciona esta comida y arde por esta bebida, que no la desearía si no hubiese gustado ya esta suavidad. Al escuchar al espíritu profético que le dice: *Gusten y vean qué suave es el Señor (Sal 33,9)*, recibió una porción de la dulzura celestial y se inflamó del amor hacia el casto placer, de modo que, abandonando todas las cosas temporales, anhela con todo su afecto comer y beber la justicia y abraza la verdad del primer mandamiento, que dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6,5; Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10,27)*, porque amar la justicia no es otra cosa que amar a Dios. Y, puesto que al amor de Dios se une el cuidado del prójimo, a este deseo de justicia se añade la virtud de la misericordia, y se dice: *La misericordia nos asemeja a Dios.*

Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios será misericordioso con ellos (Mt 5,7). Reconoce, ¡oh cristiano!, la dignidad de tu sabiduría y entiende cuál ha de ser tu conducta y a qué premios eres llamado. La misericordia quiere que seas misericordioso; la justicia, que seas justo, a fin de que en la criatura aparezca el Creador y en el espejo del corazón humano resplandezca expresada por la imitación la imagen de Dios»⁶.

⁶ San León el Grande, *Homilía 95*, 2 ss. (trad. castellana de Manuel Garrido Bonaño en *San León Magno. Homilias sobre el Año Litúrgico*, Madrid, 1969, pp. 369 ss. [BAC 291]). León, que ostenta el título de Grande, sobre todo por su contribución teórica y práctica al afianzamiento del primado de la Sede Apostólica romana, fue Papa de Roma entre 440 y 461, en el momento histórico en que el Imperio Romano se quebraba en Occidente ante el empuje de las invasiones bárbaras. León habría nacido en Toscana (¿o Roma?), hacia el fin del siglo IV. Antes de ser obispo de Roma ocupó una posición importante durante el pontificado de sus predecesores. León fue ante todo obispo de Roma y, por medio de sus frecuentes sermones dirigidos tanto al clero como al pueblo, buscó introducir a su comunidad en la celebración de los misterios de Cristo, proponiéndole la vivencia sincera de la vida bautismal, a la vez que procuró preservar a sus fieles de las herejías y los errores provenientes del paganismo. Después de veintiún años de pontificado arduo y difícil, murió el 10 de noviembre de 461. Nos legó 97 sermones y 173 cartas.

EL HOMBRE DE LAS BIENAVENTURANZAS

Las diez bienaventuranzas nos plantean un desafío de vida, que a nosotros, cristianos temerosos y mediocres, nos resulta un hueso duro de roer. Y en parte es cierto. Solo Jesucristo pudo en realidad vivirlas y abarcarlas en plenitud. ¡Él fue el Hombre de las Bienaventuranzas!

¿Qué queda para nosotros, servidores inútiles y con tantas incoherencias?

No tenemos que olvidarlas ni tampoco desesperar ante su desafío. Por eso, sería justo y necesario periódicamente, o cada vez que nos acercamos al Sacramento de la Reconciliación, releerlas y meditarlas, incorporándolas a nuestro examen de conciencia.

Como frente a un espejo, veremos reflejadas en ellas, de manera patética e impactante, las penurias y los quebrantos de la humanidad y de nuestra patria.

Para encarnar el mensaje de las bienaventuranzas, conviene recordar lo que recomendaban los antiguos monjes a los novicios que deseaban ingresar a la vida monástica. Les insistían en que imitasen las diferentes virtudes de los habitantes del monasterio. Unos eran más pobres, otros más mansos y pacientes, algunos más sacrificados, y otros más misericordiosos...

Con las bienaventuranzas sucede algo similar. Si bien debemos procurar vivenciarlas a todas ellas, habrá alguna que sentiremos de manera especial en “carne propia”; y nos sentiremos más identificados con ella. Pero también nos daremos cuenta, de que alguna otra nos resulta más lejana y difícil de practicar. Trataremos entonces de dedicarnos especialmente a ella.

Así, humildemente, sin prisa y sin pausa, iluminados por el ejemplo de Cristo y el de tantos cristianos anónimos, iremos recorriendo con corazón dilatado, el arduo pero gratificante ascenso al monte de las bienaventuranzas.

2 de noviembre: CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

“El primer día de la semana, al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro con los perfumes que habían preparado. Ellas encontraron removida la piedra del sepulcro y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas a causa de esto, se les aparecieron dos hombres con vestiduras deslumbrantes. Como las mujeres, llenas de temor, no se atrevían a levantar la vista del suelo, ellos les preguntaron: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recuerden lo que él les decía cuando aún estaba en Galilea: “Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día”. Y las mujeres recordaron sus palabras”
Lc 24,1-8

«La resurrección de Jesucristo el Señor es lo que caracteriza a la fe cristiana. El nacer hombre de hombre en un momento del tiempo quien era Dios de Dios, Dios con exclusión de todo tiempo; el haber nacido en carne mortal, en la semejanza de la carne de pecado; el hecho de haber pasado por la infancia, haber superado la niñez y haber llegado a la madurez y haberla conducido a la muerte, todo ello estaba al servicio de la resurrección. Pues no hubiese resucitado de no haber muerto, y no hubiese muerto si no hubiese nacido; por esto, el hecho de nacer y morir existió en función de la resurrección. Que Cristo el Señor nació hombre de hombre, lo creyeron muchos, incluso extraños e impíos, aunque desconocían su nacimiento virginal; que Cristo nació como hombre, lo creyeron tanto los amigos como los enemigos; que Cristo fue crucificado y muerto, lo creyeron tanto los amigos como los enemigos; que resucitó sólo lo saben los amigos. ¿Y esto por qué? Cristo el Señor, en el hecho de nacer y de morir, tenía la mirada puesta en la resurrección; en ella estableció los límites de nuestra fe. Nuestra raza, es decir, la raza humana, conocía dos cosas: el nacer y el morir. Para enseñarnos lo que no conocíamos, tomó lo que conocíamos. En la región de la tierra, en nuestra condición mortal, era habitual, absolutamente habitual el nacer y el morir; tan habitual que, así como en el cielo no puede darse, así en la tierra no cesa de existir. En cambio, ¿quién conocía el resucitar y el vivir perpetuamente? Esta es la novedad que trajo a nuestra región quien vino de Dios. ¡Gran acto de misericordia!: se hizo hombre por el hombre; se hizo hombre el creador del hombre!»⁷.

¡A CADA UNO SU PROPIA PASCUA!

⁷ San Agustín, *Sermón 229H,1*; trad. en *Obras completas de san Agustín*, Madrid, La Editorial Católica, 1983, t. XXIV, pp. 331-332 [BAC 447]. Agustín nació en Tagaste, África del norte, el año 354. Luego de un largo y, por momentos, penoso itinerario de búsqueda de la verdad, en la Vigilia Pascual del año 387 recibió el bautismo. En todo este proceso su madre, Mónica, tuvo una influencia determinante. El obispo y el pueblo de Hipona lo eligieron para el ministerio sacerdotal en el 391. En 395, el obispo Valerio lo eligió para su coadjutor, y a su muerte Agustín ocupó la sede episcopal. Murió el 28 de agosto de 430.

Para el creyente la muerte no es un fin sino una meta que todos los mortales estamos obligados a alcanzar. Es un trampolín hacia la eternidad, y se presenta en función del primer aliento de inmortalidad. Es el paso hacia un tuteo amistoso con Dios: *“¿No te tengo a ti en el cielo?”* *“Se consumen mi corazón y mi carne por Dios, mi lote perpetuo”* (Sal 73,25-26). Porque solo un amigo puede respondernos: *“Tú no morirás jamás”* (M. Blondel).

Frente al lógico temor a la muerte, a la que tratamos como las mujeres del evangelio, con la vista baja y un temeroso respeto, vale la respuesta de los ángeles: *“¿Porqué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”* (Lc 24,5-6).

Hoy en día el tema de la fe en la resurrección de los muertos en ciertos ambientes sofisticados se da por ignorado, como lo estuvo en Grecia en tiempos de Pablo cuando en el Areópago de Atenas, burlándose le dijeron: *“Otro día te oiremos hablar de esto”*.

Sin embargo, para nosotros los cristianos, la fe en la resurrección es cuestión de vida o muerte, ya que de lo contrario: *“¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!”*.

Es la fe en Jesucristo resucitado la que alimenta nuestras creencias, dándoles un neto carácter pascual. Y es en memoria de ella, que recordamos y rezamos por nuestros seres queridos.

“Porque ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: tanto en la vida como en la muerte, pertenecemos al Señor. Porque Cristo murió y volvió a la vida para ser Señor de los vivos y de los muertos” (Rm 14,7-9).

8 de diciembre: LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

«En el sexto mes, el Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: “¡Alégrate! llena de gracias, el Señor está contigo”. Al oír estas palabras, la virgen quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar este saludo. Pero el Ángel le dijo: “No temas, María, porque has agradado a Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y se lo llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”. María dijo al Ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?”. El Ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y se lo llamará Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios”. María dijo entonces: “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”. Y el Ángel se alejó»
Lc 1,26-38

“¿Cómo podía llegar a nosotros un don tan grande, tan maravilloso, tan digno de Dios? ¿Había otro camino mejor que el de la manifestación del mismo Dios en la carne, que su sumisión a las leyes de nuestra naturaleza, que su aceptación de una condición totalmente nueva semejante a la nuestra? ¿Y cómo llevar a efecto adecuadamente este designio? ¿No convenía quizás que una virgen pura y sin mancha se pusiera desde un principio al servicio de este plan misterioso y fuera fecundada por el ser infinito de un modo que trascendiese todas las leyes naturales? ¿Dónde encontrar esta virgen, sino en aquella mujer, única entre todas, elegida por el Creador del universo antes de todos los siglos? Esta es la Madre de Dios, divinamente llamada María, cuyo seno ha dado a luz al Dios encarnado, a quien Dios mismo había preparado sobrenaturalmente para ser templo suyo...

Así pues, el designio del Redentor de nuestra raza implicaba un nacimiento y una nueva creación para reemplazar la antigua. Del mismo modo que en el paraíso había tomado de la tierra virgen y sin mancha un poco de barro para modelar al primer Adán, así, a la hora de realizar su propia encarnación, hace uso de otra tierra, por decirlo así, esto es de otra Virgen pura e inmaculada, elegida de entre todas las criaturas. En ella nos regeneró a partir de nuestra misma sustancia. En ella el mismo Creador de Adán se hizo nuevo Adán, para que el antiguo Adán fuera salvado por un Adán nuevo y eterno”⁸.

⁸ San Andrés de Creta, *Sermón 1º para la Natividad de la Madre de Dios*; PG 87,811-815; trad. en: *Lecturas cristianas para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Apostolado de la Prensa, 1973, M 1. «Andrés nació hacia el año 660 en Damasco; fue monje de Jerusalén (por lo que la tradición lo llamo “jerosolimitano”), participó por encargo del patriarca Teodoro en el VI concilio ecuménico de Constantinopla (680), ejerciendo en la capital las funciones de diácono y de *orfanótopo*; conocido como ferviente iconólatra, fue finalmente consagrado obispo de Creta, donde murió probablemente el 4 de julio

MARÍA: LA AGRACIADA DE DIOS

Todos tenemos manchas o lunares congénitos. Y también todos hemos heredado una mancha en el alma que llamamos pecado original, y que arrastramos de generación en generación.

Por pura misericordia, Cristo la ha borrado. Y esto se actualiza en el día de nuestro bautismo. Hemos sido bautizados en su muerte y resurrección. Y si bien Cristo nos ha curado, hay veces en que nos duele la cicatriz, como duelen las articulaciones en los días de humedad...

Para cumplir este plan de salvación, Dios se hizo hombre, dejando a María: la *Reina del Adviento*, grávida de Cristo, por obra del Espíritu.

Este misterio de la Encarnación, trae aparejado el de la *Inmaculada Concepción*. No podía encarnarse el “Santo de los Santos”, en una criatura portadora de pecado original. Era necesario convertir para siempre a María en “tierra sagrada”, en “tierra de Dios”.

En la vida de la iglesia, se ha venido honrado a María con el título de: *Virgen Santísima*. Sin ignorar este apelativo tan usado y venerado por la piedad cristiana, no podemos olvidar que ella vivió su virginidad en función de su maternidad. Por eso, el título más glorioso de María será siempre el de ser la *Madre de Dios*.

Por el hecho de haber sido elegida y predestinada desde toda la eternidad, ella se transformó en “*la agraciada*”, en “*la purísima*”, en la llena de gracias. Es por eso que hoy, con la advocación de la Inmaculada Concepción, evocamos su maternidad exenta del pecado original.

Cuando María de Guadalupe le dice a Juan Diego: “*Acaso yo no soy tu madre*”, le está reiterando una vez más la ternura de una madre que acaricia el corazón de sus hijos, que con fe y confianza se le acercan para “tomar gracia”, y recurrir a ella como a la gran intercesora entre Cristo y su iglesia.